

COLABORACIONES DE "VIDA NUEVA"



¡CENIZA Y REPRESIÓN!

Dícese que la característica del momento histórico es hoy en España, al cerrarse este fatídico 1921, la desorientación. No, si no más bien la desilusión. Y la occidentación. Porque somos arrastrados, no vamos, cara al ocaso. Y los más tiemblan ante la noche y se estremecen ante el salto en las tinieblas.

Palpita la incredulidad en los mensajes de los apóstoles del patriotismo oficial del reino, y no hace falta que nos digan que Cierva, en sus conversaciones íntimas, entre los tabacares, pondera los cargos que le rechazar en público, agitando que hay que defender el orden. Lo que ellos llaman orden, y que no resiste el baño de la verdad. Que es agua regia.

Maura, el de la luz y taquígrafos, el de la ciudadanía, el que quiso hacer obligatorio el voto, el que excedió de los neutrales, el que ha andado buscando la voluntad nacional, tiene que resistir las solicitudes de sus más íntimos, de sus más familiares, de los que, tratando de hacerle maurista, le quieren llevar a la dictadura civil, si quiera sea temporal e interina. Y para ver si con ella se salva lo que Cánovas llamó Constitución interna y a la que no protege la otra Constitución, la legal.

Y como lo más terrible para este régimen cadavérico y pestífero, que se está haciendo polvo, es el libre examen, es el estudio, se nos habla, con labios balbucientes y lívidos por el pánico, de obcecación en él, en el estudio. Cuando se puede uno obcecar en el error, cegarse por él, en la verdad, que la demasiada luz ciega, como las tinieblas; pero no debe obsecarse en la investigación, en la rebuasca, en el inquirimiento, en la enquisa. El dogma puede cegar; la "sceptsis", no. Se ciega el que trata a toda costa de asentar una afirmación, no el que trata de plantear un problema.

"No hablemos fuerte, ¡chitón!— se dicen—, que con el estrépito de las palabras pueden venirse abajo las paredes del albergue y con ellas

su techumbre, y nos encontraremos al raso y a la intemperie cuando llegue la tormenta." Y se hace el silencio para encubrir que nadie cree ya en el prestigio del llamado régimen, de esta por la gracia de Dios Monarquía constitucional de España. Daría risa, si no diese pena, profunda pena, oír a sus arúspices hablar todavía de la consustancialidad de la patria y la Monarquía. Este concepto simbólico, casi místico, es hoy una pura superstición, es decir, una escurraya o la cáscara de un fruto hecho ceniza. No cree ya en eso ni el Sr. Bugallal.

Don Antonio Maura, el de la feliz expresión de "Fernando VII y pico", parecía que, refiriéndose a cierto personaje—y personaje no es precisamente persona—simbólico, decía: "Es que no se da cuenta de que no tenemos con qué sustituirle". Pero sí se da cuenta de ello, y es acaso de lo único de que se da cuenta, no de que esos señores no tengan con qué o con quién sustituirle, sino de que creen no tenerlo, y en esto, en esa creencia, está la fuerza de su debilidad, está su crédito. Porque para que un Banco tenga crédito no es menester que tenga capital firme y sólido con que responder de sus compromisos, sino que basta con que logre hacer creer que lo tiene. Se toma un billete falso cuando se cuenta con hacerlo pasar.

Se explota ese crédito gratuito, de agio, de especulación política. Con un "¡Que me voy!" de amenaza se les fuerza a los políticamente quebrados, y mientras se pronuncia el amenazador "¡Que me voy!" se está temblando de que alguien diga: "¡Pues váyase en hora buena... y a vivir!"

Y en este ex futuro vice-imperio ibérico, en esta sombra de un sueño de grandeza teatral, no hay el áspero y heroico valor de aceptar la responsabilidad moral de los reveses y de los contratiempos. ¡Y se habla de fatalidad! Y se le reputa villano al que no se presta a compartir la ficción de la disculpa.

Mal estuvo en Cam burlarse de la desnudez de su padre, Noé, embaucidad es, con la mendicidad, la embriagado; pero no hubiera estado mejor en Sem sostener que Noé no había bebido más que agua fresca y pura.

Lo más fatal de la fatalidad hoy reinante en España es que no puede sostenerse, a falta no ya de ficciones, sino de mentiras. La mendacidad es con la mendicidad la embaucería con la pordiosería, el aire moral que se respira en la actual política del reino de España. Y por eso nadie cree en promesas del Gobierno.

Y así vamos a entrar en 1922, cuando se pensaba que España hubiese enviado a la América de lengua española una misión soberana. ¿A llevar qué luz? ¿Qué calor? ¿Qué aire? ¡Ah! ¡No, no! No desdiguemos allende el oceano el pato andrajoso y sórdido de nuestras lecciones fatídicas; no vayamos a proclamar allí con los labios lo contrario de lo que hacemos aquí con las manos; no vayamos de esta ex metrópoli de latifundios y de opresión a pasarles una ficción a aquellas patrias de verbo hispánico donde el máximo Domingo Faustino Sarmiento dejó dicho que habría tierra y libertad para los españoles cuando fueran a pedirse la como una deuda.

¡Tierra y libertad! Y aquí, ¡ceniza y represión!

Miguel DE UNAMUNO

